

**PATRICIA CAROLINA PÉREZ DE CATALÁN**

*Universidad Nacional de Córdoba*

*Córdoba – Argentina*

*perezpc@hotmail.com*

## **El *actus essendi* en la doctrina filosófica de Santo Tomás según Étienne Gilson**

A Hugo Alberto Verdera, en agradecimiento

**Resumen:** Santo Tomás enseña que la vida contemplativa es el fin de la vida del hombre; buscar la sabiduría es su perfección y lo más sublime, de máximo provecho y alegría. Su objeto primero es la verdad divina, verdad manifiesta en su doble vertiente, Dios revelándose a Sí mismo al hombre, quien aspira, a su vez, a su contemplación definitiva. Su verdadero nombre, asevera el Santo, es Jesucristo, pues Cristo es la Verdad: “Por esto, la Sabiduría divina encarnada declara que vino al mundo para manifestar la verdad: ‘Yo para esto he nacido y he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad’ (Ioh 18, 37). Y el Filósofo determina que la primera filosofía es ‘la ciencia de la verdad’, y no de cualquier verdad, sino de aquella que es origen de toda otra, de la que pertenece al principio del ser de todas las cosas. Por eso su verdad es principio de toda verdad, porque la disposición de las cosas respecto de la verdad es la misma respecto del ser”.

Santo Tomás enseña que la vida contemplativa es el fin de la vida del hombre; buscar la sabiduría es su perfección y lo más sublime, de máximo provecho y

alegría<sup>1</sup>. Su objeto primero es la verdad divina, verdad manifiesta en su doble vertiente, Dios revelándose a Sí mismo al hombre, quien aspira, a su vez, a su contemplación definitiva. Su verdadero nombre, asevera el Santo, es Jesucristo, pues Cristo es la Verdad: “Por esto, la Sabiduría divina encarnada declara que vino al mundo para manifestar la verdad: ‘Yo para esto he nacido y he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad’ (Ioh 18, 37)<sup>2</sup>. Y el Filósofo determina que la primera filosofía es ‘la ciencia de la verdad’, y no de cualquier verdad, sino de aquella que es origen de toda otra, de la que pertenece al principio del ser de todas las cosas. Por eso su verdad es principio de toda verdad, porque la disposición de las cosas respecto de la verdad es la misma respecto del ser”<sup>3</sup>. Por consiguiente, la perfección máxima a que puede ascender el alma consiste en que en ella se inscriba el orden total del universo y sus causas; tal su último fin, “que (...) consistirá en la visión

---

<sup>1</sup> *Summa contra gentiles*, traducida por Fr. J. M. Pla Castellano O.P. *Suma Contra los Gentiles*, Madrid: BAC, 1970, I, 2; (S.C.G.).

<sup>2</sup> Por la sabiduría de Dios son manifestados los arcanos de la Divinidad, son producidas las obras de las criaturas, y son restauradas y perfeccionadas con aquella perfección que alcanza su fin, *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo*, J. C. Cruz, Pamplona: EUNSA 2002, L I, “Prólogo de Santo Tomás”; (C.S.P.L.). Jesucristo enseña que el conocimiento que nos hace bienaventurados ancla en dos verdades: La Divina Trinidad y la Humanidad de Cristo. “*Christi humanitas est via qua ad Divinitatem pervenitur*”, cfr. *Compendium Theologiae*, traducido por J.I. Saranyana y J. Restrepo Escobar, *Compendio de Teología*, Madrid: Rialp, 1980, L. I, c. 2, a. 3; (C.T.).

<sup>3</sup> S.C.G., I, 1. La ciencia del ser sabe de lo verdadero, pues se identifica con el ser. Así las ciencias filosóficas tratan de todos los seres, incluso de Dios, cfr. *Summa Theologiae*, traducida por L. Castellani S.J. *Suma Teológica*, I, c. 1, a. 1, Club de Lectores, Bs. As., 1988; (S.T.). La ciencia superior que lo abarca todo se llama Filosofía primera, cfr. C.T., L. I, c. 22, a. 46.

de Dios; porque, como dice San Gregorio, *¿qué puede haber que no vea, quien ve al que todo ve?*<sup>4</sup>.

La ciencia se encuentra contenida virtualmente en sus principios; aquellos descubiertos por la luz natural del intelecto son o conocidos por sí mismos o, por el contrario, remitidos a los de una ciencia superior, más universal y abstracta, y a los que se reduce, de manera que a su luz son fundamentadas sus conclusiones<sup>5</sup>. Como la ciencia de los primeros principios de todo lo real lo es de la ciencia entera, es sumamente grave en metafísica el yerro respecto de ello<sup>6</sup>.

---

<sup>4</sup> *De Veritate*, II, 2, c. “Por la encarnación Dios se ha hecho hombre, es decir que las dos naturalezas, la divina y la humana, se han encontrado unidas en la persona de Cristo. Lo que es menos conocido, incluso para aquellos que adhieren a este misterio por la fe, es la asombrosa transformación que introduce en la naturaleza entera y, en consecuencia, en la manera en la cual debemos concebirla en lo sucesivo. Debería decirse más bien: las asombrosas transformaciones, porque este misterio incluye tantos otros que nunca terminaríamos de considerar sus consecuencias (...) A partir del momento en que la naturaleza humana es asumida por la naturaleza divina en la persona de Cristo, Dios no sólo domina y gobierna la naturaleza como Dios, sino también como hombre (...) sabemos que la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo; que sus fieles son los miembros de ese cuerpo místico (...) por tanto, en cuanto miembros de Cristo todos los fieles son sacerdotes y reyes (...) Hay por tanto, ya desde ahora, en cada cristiano, como una imagen e incluso como una participación de ese misterio supremo: la humanidad divinizada por la gracia, revestida, en su propia miseria, de una dignidad sacerdotal y real a la vez, que constituye el misterio del hombre cristiano”, Étienne Gilson. “La inteligencia al servicio de Cristo Rey”, s/título original, traducido *El amor a la sabiduría*, Prólogo Raúl Echaury, Buenos Aires: Otium, 1979, pp. 70-1.

<sup>5</sup> Cfr. *S.T.*, I, q. 1, a. 2, c. y a. 7, c.

<sup>6</sup> Cfr. *De ente et essentia*, traducido por Mons. L. Lituma P. y A Wagner de Reyna *Del ente y de la esencia*, Primera edición, Buenos Aires: Losada, 1940, Proemio, p. 11. *Le ‘De ente et essentia’ de S. Thomas D’Aquin*, par M.-D. Roland Gosselin, O.P., J. Vrin, Paris, 1948, en S.

Presupuesto lo dicho hasta aquí, y en vista de una mejor comprensión<sup>7</sup> para nuestro tiempo de los principios cardinales alumbrados por el *philosophans theologus*, Étienne Gilson nos brinda tres consejos que reflejan, a su entender, el acabado orden en que, de modo explícito, son resueltos en su doctrina, a saber: 1. principalmente, en vista de Dios revelado, principio y fin último trascendente de la creación al que el Angélico reconduce todo, entender la naturaleza del método con que la Sacra Teología se sirve de la filosofía<sup>8</sup>; 2. en cuanto

Thomae Aquinatis. *Opusculum De ente et essentia*, Marietti, Romae, 1947<sup>3</sup>, p. 1 y cita al pie: “*Quia parvus error in principio magnus est in fine, (...) ens autem et essentia sunt quae primo intellectu concipiuntur, (...) ideo ne ex eorum ignorantia errare contingat, ad horum difficultatem apperendam dicendum est quid nomine essentiae et entis significetur, et quomodo in diuersis inueniantur, et quomodo se habeant ad intentiones logicas, scilicet genus speciem et differentiam*”; “Arist., *De Coelo*, A 271 b 8- 13 (S. Th., in h. l. L. I, 1. 9), *versio antiqua*: ‘Siquidem qui modicum transgressus fuerit a veritate fit longe plus decies millies... Quapropter quod in principio modicum, in fine fit multum magnum.’ – Comp. Averroes in h. l., Venise 1550 in 4, f. 12 b 47: ‘*minimus error cadens in principiis est causa majoris erroris in eis quae sunt post principia*’; de même *In III De An.*, cap. IV, Lyon 1542 in 16, f. 112<sup>v</sup>, comm. 4: ‘*minimus enim error in principio, est causa maximi erroris in fine, sicut dicit Aristoteles.*’”

<sup>7</sup> “La mayor parte de los desacuerdos metafísicos son debidos no a algún defecto en la definición de las ideas, o a una argumentación inconsistente, sino más bien a los diferentes planos de la realidad sobre la que los distintos filósofos plantean sus interrogantes”, Étienne Gilson. *Elements of Christian Philosophy*, traducido por A. García- Arias *Elementos de Filosofía Cristiana*, Madrid: Rialp, 1970, p. 118.

<sup>8</sup> Para ‘*Philosophia ancilla theologiae*’, Santo Tomás explica las ciencias, sus principios y su orden: Dios creador ordenó el fin de la vida del hombre hacia Sí mismo; trascendente a la creación, lo excede en su capacidad razonante; pero debe serle proporcionado. Fue, pues, necesario para su salvación que por revelación divina por luz sobrenatural le descubra las realidades y principios que sobrepasan su razón. Así, la fe en la revelación de Dios, dada por su Gracia, es

la vida contemplativa considera las obras del Dios Creador en sus principios constitutivos reales<sup>9</sup>, elucidar

---

principio indispensable de verdad. La sagrada teología, ciencia según la pauta de la revelación divina que enseña las verdades de Dios, es necesaria. Para que la salvación llegara a los hombres más conveniente y ciertamente fue necesario que sean instruidos por revelación divina incluso en las verdades de Dios que puede alcanzar la razón, pues pocos, con dificultad, y con mezcla de error llegan a ellas, de cuya cognición depende toda la salud del hombre, la cual le viene de Dios. La teología sagrada parte de los artículos de la fe; no argumenta para probar sus principios sino para demostrar otras verdades, como toda ciencia. Difiere en género de la teología natural, que es parte de la filosofía y corona la metafísica; luego no incordia que trate lo que ella, en cuanto ciencia superior y más noble: sea especulativamente, por la certidumbre de la luz de la ciencia divina infalible, no así la luz natural de la razón humana falible, como por la dignidad de su objeto, que la trasciende; sea prácticamente, pues ordena al fin último, la felicidad eterna. Como la gracia perfecciona la naturaleza, no la destruye, conviene que la razón natural sirva a la fe. La teología sagrada se sirve de la filosofía para hacer más comprensible lo que enseña, no porque lo necesite, ni por defecto o incapacidad, sino por la fragilidad del entendimiento humano, que, de las cosas que conoce por la luz natural, de la cual proceden las otras ciencias, es elevado con mayor facilidad a las realidades superiores, que son el objeto de esta ciencia, cfr. *S.C.G.* I, 3 y 9 y *S.T.* I, q. 1, a. 1, ad. 2 y c.; a. 2, c.; a. 5, ad. 2 y c.; a. 8, ad. 2 y c.; a. 9, c. El único método seguro toma a la revelación como guía, en vista de alguna inteligencia de su contenido, es decir, la filosofía misma. *Fides quaerens intellectum* es el principio rector de la especulación cristiana medieval, cfr. Étienne Gilson, *L'esprit de la philosophie médiévale*, traducido por R. Anaya *El Espíritu de la filosofía medieval*, Buenos Aires: Emecé, 1952, p. 16. Pues “Todo en ella es religioso, el origen, el medio y el fin, y, sin embargo, la razón es ella misma más que nunca”, Étienne Gilson. *Le Thomisme. Introduction à la philosophie de saint Thomas d'Aquin*, J. Vrin, Paris, 1965<sup>6</sup>, traducido por F. Múgica Martinena *El Tomismo. Introducción a la filosofía de Santo Tomás de Aquino*, Pamplona: EUNSA, 1978, p. 65. Cfr. Étienne Gilson. *Le philosophe et la Théologie*, traducido por G. Torrente Ballester *El filósofo y la teología*, Madrid: Guadarrama, 1962.

<sup>9</sup> Cfr. *De principiis naturae ad fratrem silvestrum*, traducido por J. A. Míguez *De los principios de la naturaleza*, Buenos Aires: Aguilar, 1977; cfr. Étienne Gilson. *Constantes philosophiques de l'être*,

con exactitud lo que es el ser, cuya noción vislumbrara el teólogo medieval a partir del *Yo Soy el que Soy* del *Éxodo* 3,14<sup>10</sup>, como sus derivaciones en la doctrina de los trascendentales<sup>11</sup>; 3. y por último, dirimir sus implicancias en la diversidad de asuntos filosóficos en relación con Dios y sus creaturas, solventando cualquier posible error al respecto. No obstante lo dicho, remata Gilson con insistencia, la puerta de acceso a la doctrina del Aquinate incardina en dos bisagras claves: su recta noción metafísica de ser, articulada con una correcta

---

traducido por J. R. Courrèges *Las constantes filosóficas del ser*, Pamplona: EUNSA, 2005, pp. 50-51. Por esto, en la doctrina del Angélico encontramos que en cuanto desea conocer la realidad por su causa primera, que es Dios, el hombre desea naturalmente, como fin último, conocer a Dios, de modo que el fin último de la metafísica es el mismo que el fin último del hombre. Lo que renueva profundamente la metafísica es la presencia, por encima de la teología natural, de una teología más alta, que es la ciencia de Dios conocido por revelación, cfr. Étienne Gilson, *Being and Some Philosophers*, trad. Santiago Fernández Burillo, *El ser y los filósofos*, Pamplona: EUNSA, 1979, p. 235. Cfr. *S.T.*, en versión del Club de Lectores, Buenos Aires: 1988, I, q. 1, a.3, ad.1; a. 2, c.

<sup>10</sup> Diffusée le 24 nov., 1999, à 17h., Radio Ville Marie, Montréal; published in print as “Étienne Gilson”, in Jean Genest (ed.), *Penseurs et Apôtres du XXme. Siècle* (Montréal), 2001: Fides, pp. 170-182.

<sup>11</sup> “De la misma forma que para el hombre no hay mayor honor que servir a Dios, así no hay honor más grande para la filosofía y la ciencia que servir como esclavas de la teología. Pero hemos olvidado el más noble significado de la palabra ‘sabiduría’. De hecho, hemos perdido la verdadera noción de teología, y la metafísica en lugar de sucederle en su real título, se ha perdido al mismo tiempo”, *Elementos de Filosofía Cristiana*, *op.cit.*, p. 44. El principio reza: “Una ciencia de lo real para cada orden de lo real”; empero, cuando se aborda un problema con método equivocado, se lo falsea, concluyéndose tranquilamente entonces que no hay nada que resolver, Gilson, Étienne. *Le réalisme méthodique*, traducido por V. García Yebra *El realismo metódico*, Madrid: Rialp, 1963<sup>3</sup>, p. 139; cfr. Gilson, Étienne. *The unity of philosophical experience*, traducido por C. A. Baliñas Fernández *La unidad de la experiencia filosófica*, Madrid: Rialp, 1960, pp. 114-5.

noción del Dios cristiano<sup>12</sup>. Concentramos la mirada en adelante en el orden metafísico. Retomamos lo que Santo Tomás indica sobre lo primero concebido. Ante el encuentro del hombre en la experiencia sensible con un existente concreto<sup>13</sup>, el intelecto concibe de modo evidente el ente y la esencia; y para no errar por su ignorancia y aclarar las dificultades que implican, señala la exigencia de dilucidar lo que significan tales nombres, el modo en que se encuentran en los diversos existentes y la correcta relación con las intenciones lógicas, para evitar confundirlas con lo real<sup>14</sup>.

---

<sup>12</sup> Cfr. *Elementos de Filosofía Cristiana*, 10; cfr. *S.C.G.* I, 1, 2 y 4; III, 27. No obstante, con la humildad fruto inevitable de quien es veraz, del que sabe lo dificultoso del trastabillar humano en su fatigoso arar en pos de la verdad, no escandaliza cuando de sí mismo confiesa, a modo de advertencia, la turbación comprobada que le causaba, transcurrido casi un cuarto de siglo, haber leído y enseñado *por sí misma* “la doctrina de Santo Tomás (...) sin haber comprendido el verdadero sentido que para él tenía la noción de ser, de la que, en filosofía depende todo”, *El Filósofo y la Teología*, 17. De igual modo, aclara en el prólogo de la sexta edición del *Tomismo*: “Lo que inquieta (...) es la idea de las ignorancias y errores que pueden corromper todavía la interpretación de una doctrina en el pensamiento de un historiador que ha cultivado su estudio sesenta años (...) Al envejecer, el historiador debe haber aprendido, al menos, la modestia en lo que concierne a su propio pensamiento y la indulgencia en lo que respecta al de los demás (...) La de un genio tan grande como Santo Tomás quizá no se deje nunca penetrar totalmente (...) Si lo escribiera hoy, este libro hablaría sin escrúpulo del *ente (ens)* y el del *ser (esse)*; se seguiría tratando del ser y con menos frecuencia de la existencia”, *El Tomismo*, 9-11.

<sup>13</sup> El conocimiento del hombre, advierte Tomás, tiene principio a partir de los sentidos, de modo tal que por naturaleza el hombre se eleva a las cosas inteligibles por medio de las sensibles, por conocimiento indirecto, según la relación del efecto a la causa y la analogía del ser, cfr. *S.T.* I, q. 1, a. 9, c; y *S.C.G.* I, 3.

<sup>14</sup> Cfr. *Del ente y de la esencia, op.cit.*, Proemio, p. 11. Remitimos a nuestra ponencia del año 2019: “Los principios metafísicos.

En consonancia con el fraile dominico, el filósofo francés asume la evidencia primera del ente. Sujeto a aquellas mismas precisiones y en razón de ello, recuerda Gilson que el quid que debe considerar hoy un filósofo es la elección que haga de sus propios principios filosóficos. Y enfatiza: “El principio de los principios es que un filósofo debería siempre poner como lo primero en su mente, lo que es primero en la realidad”<sup>15</sup>, por cuanto su presencia o ausencia entraña la realidad de todo lo demás, incluso a pesar de no ser lo de más fácil acceso para el entendimiento humano. Porque sin pasado ni futuro, se trata de lo que “*es*, esto es, es *el ser*, y su verdad no puede ser probada, solo puede verse, o ser pasada por alto (...) – Ello constituye- una invitación a mirar y ver”<sup>16</sup>. Así, llega a entrever una dificultad, repetida en la historia, pues advierte que el ser suele escabullírsele al intelecto que lo examina. Y lo explica por dos razones.

En primer lugar, mira al objeto propio de la metafísica. Repara en la complejidad que es el ente, el *esse habens*, por la composición real de sus co-principios constitutivos principales: *essentia*, esencia, y *esse*, acto de ser. La forma, acto del orden de la esencia o sustancia, y el existir, orden del acto de ser, son dos actos que causan y operan recíprocamente por ser principios o causas de órdenes distintos, y, no obstante, constitutivos de un mismo y único ser real. Lo cual se justifica por una recíproca relación de acto y potencia, pero no bajo el mismo

---

Fundamento actual de la virtud”, porque ciertos aspectos tratados allí encuentran anclaje. Aquí sólo nos limitamos a espigar algunos aportes que al respecto ofrece Gilson, sin agotar su profundidad y riqueza.

<sup>15</sup> *El ser y los filósofos*, 16

<sup>16</sup> *Ibid.* 17

respecto cada vez. En lectura del Aquinate, la clave metafísica es entender que no todo acto es forma, y que, como tal, ella es un acto que todavía permanece en potencia para otro acto que la actualiza no en cuanto esencia, sino que la hace ser o existir, el *esse*, acto supremo de lo real. Gilson lo aclara así: “la forma sigue siendo lo supremo en el orden de la sustancia, en su propio ser de forma y en su propia actualidad formal. Si la forma requiere aún y aún ha de recibir un complemento de actualidad, esa actualidad complementaria no podrá pertenecer al orden de la actualidad formal, sino que pertenecerá a un orden completamente diferente, al de la actualidad existencial”<sup>17</sup>. No siendo forma, sin embargo, replica Gilson y de modo análogo al teólogo medieval, como acto del ente, el acto de ser actúa formalmente respecto de la esencia. Disociar las nociones de forma y de acto, complementando las de causa formal y causa eficiente, donde ser es supremamente actuar y tender, fundamento a su vez incluso de todo devenir<sup>18</sup>, es precisamente la perla del erario tomasiano, y a lo que considera “todavía hoy, la mayor contribución que jamás ha hecho un hombre a la ciencia del ser”<sup>19</sup>. De este modo,

---

<sup>17</sup> Ibid., 253

<sup>18</sup> Asimismo, para esta doctrina la forma, como principio constitutivo de los entes, es fundamento de las naturalezas existentes tan varias, lo que explica, en cuanto principio activo, la riqueza de la operatividad causal natural. Cuestión totalmente desdibujada por la conciencia moderna.

<sup>19</sup> Ibid., p. 259. “El acontecimiento filosófico más importante que se haya producido desde el fin de la filosofía griega es, probablemente, la distinción introducida por Santo Tomás de Aquino entre dos órdenes de actualidad, el de la forma, que corresponde a la especificación de los seres, y aquél del *esse*, que corresponde a su existencia”, Étienne Gilson. “Maimonide et la Philosophie de l’Exode”, *Medieval Studies*, 13, 223, en Raúl Echaury. *El pensamiento de Étienne Gilson*, Pamplona: EUNSA, 1980, 18.

una esencia subsiste por su acto de ser, *esse*; el acto de ser, aquí es entendido principio de subsistencia de la forma de la esencia en todo ente. “Lo que nos hace difícil apreciar la diferencia es precisamente que ambas –causas- se resuelven en uno y el mismo efecto, a saber, *un ser* (un ente)”<sup>20</sup>. El ente participa del ser, *esse*, pero porque no es el ser. Así, el ente siempre tiene el ser pero sin serlo, porque nunca es su mismo ser, *esse*, es decir, en todo ente su esencia, se trate de una forma simple o compuesta, no se identifica con su acto de ser. Más aún, concebido ahora principio de individualidad, el acto de ser, *esse*, hace indivisible al ente y distinto de otro, es decir, único, a diferencia del principio de individuación, por la presencia de la materia signada en las sustancias cuyas esencias son compuestas y que divide en individuos a la especie. Pues, “dentro de una especie, cuya quiddidad es la misma para todos, cada ser es una individualidad distinta. Es distinto, en primer lugar, de cualquiera otro ser (ente) que pertenezca a la misma especie, y en segundo lugar es distinto de su propia quiddidad, puesto que su ser le pertenece sólo a él, mientras que su quiddidad es la misma para todos los miembros de la misma especie. De este modo, la composición es real (...) y la distinción es también real”<sup>21</sup>. Pero, además, como el ente no es el ser, pero lo tiene, en tercer lugar, su individualidad lo hace distinto del mismísimo Ser, por el que es participado. La esencia no es el estar siendo, *esse*, del ente; ella se encuentra en potencia en relación con él, o está siendo causada o puesta en el ser, como esencia del ente, por su ser, *esse*, por lo que este es su acto, aunque no en cuanto

---

<sup>20</sup> *El ser y los filósofos*, 258.

<sup>21</sup> *Ibid.*, 255

acto de la esencia o acto formal. Por cuanto nada de la esencia da razón de su acto, *esse*, ella no causa, como causa eficiente, su ser. Así, en la estructura del ente se revela una contingencia radical: no puede causarse a sí mismo, mas, si existe, es por otro. Como todo ente y todo lo del ente lo es por su acto de ser, *esse*, que no se identifica con su ser *un ente*, el hecho de que exista exige necesariamente una causa de ello. Justamente, la contingencia constitutiva del ente es en relación a su causa, que lo trasciende, porque no siendo un ente, es el Ser mismo. No obstante, el hecho de su radical contingencia no lo priva de su solidez real u ontológica, porque el ente, considerado en sí mismo, una vez que es, lo es plenamente, pues el acto de ser, *esse*, le corresponde con plenitud, ya que no es nada sino, precisamente, ente; sin él no sería ente; más aún, pues en la esencia no hay nada que dé razón de que siendo, pueda dejar de ser. Porque si la “existencia no tiene raíz ni siquiera en las cosas actualmente existentes”<sup>22</sup>, esto es, en los entes su esencia no explica su acción de estar siendo, no hay en el mismo ente posibilidad para no ser; dar el ser o quitarlo compete sólo al Ser. Este es el regalo irrevocable del Ser al ente. Y comporta juntamente el reconocimiento del hombre ante el misterio insondable de la actualidad de lo que *es, esse*, llevado máximamente hacia el Ser, que es soberanamente perfecto, cuya Esencia, *Essentia* es su *Esse*, Acto de Ser que, en cuanto simple, es *Purum Esse Subsistens*, su Causa Eficiente<sup>23</sup>.

---

<sup>22</sup> *Ibid.*, 241

<sup>23</sup> *Idem.*, p. 244. Cfr. *S.T. I*, q. 44, c. “Dios es su propio ser (...); luego el ser le conviene por esencia, en tanto que no conviene más que por participación a los demás seres. Pues no hay ningún otro ser cuya

Retomando la segunda razón que avizora Gilson, dirige también su mirada a la inteligencia metafísica, que, tomando del ente la parte por el todo, es muy proclive a reposar en la esencia, o en alguna de sus propiedades, ya que la esencia, por su acto formal, habilita por la aprehensión lo conceptualizable del ente y su definición. Tendencia reiterada, según constata nuestro autor a lo largo del tiempo, con serias consecuencias, pero que signan severamente nuestro hoy. Por nombrar al menos dos de aquellas previstas por el mismo Santo, consisten en sustituir los individuos concretos existentes en su rica complejidad de principios, por determinados conceptos abstractos o cuya realidad es del orden lógico, a veces inconexos, dicotómicos otras, con la insoluble dificultad subsiguiente de no poder distinguir ambos órdenes en lo sucesivo, al reemplazar, eliminando así, aquel<sup>24</sup>. Pero eso

---

esencia sea su propio ser, porque el ser absoluto y subsistente por sí mismo debe necesariamente ser único (...) Por tanto, Dios es necesariamente la causa de la existencia de todo lo que es”. De otro modo: “Dios es acto puro, sin mezcla alguna de potencialidad. Conviene, por tanto, que su esencia sea acto último, pues todo acto que precede al último está en potencia con respecto a éste. El acto último es el mismo ser (*ipsum esse*). Y puesto que todo movimiento es paso de la potencia al acto, es necesario que aquel acto al que tienda todo movimiento sea el último acto. Y como el movimiento natural tiende a aquel último acto, que es el acto apetecido naturalmente, conviene que este último acto sea el que apetecen las cosas. Y este último acto es el ser (*esse*)”, *C.T.* c. 68, a. 116 y 117 y c. 11, a. 21.

<sup>24</sup> Lo recto, subraya Gilson, es distinguirlos, porque “Un acto común en el orden de la intencionalidad no puede transformarse en un acto común en el orden de la existencia; presupone, por el contrario, dos existencias distintas”; la “actualidad común al sujeto y al objeto deja intacto el carácter puramente analógico de sus existencias subjetivas”; “No se trata de dos seres distintos que se conviertan en un *idem número*, sino únicamente de un ser, el del sujeto, que, gracias a su sensibilidad, participa de la actualidad de otro ser, sin que la existencia del sujeto

sucede repetitivo porque no le es tan sencillo al metafísico alcanzar a vislumbrar aquel otro principio, corazón mismo de la realidad, que trasciende la esencia en cuanto esencia, y que, sin embargo, porque la hace efectivamente existente, es clave de lo inteligible concebible en su profundidad actual, afirmado allende el concepto, por el juicio existencial. Con referencia a este punto en particular de la cuestión, Gilson ofrece algunas aclaraciones que pueden colaborar para deslindar con mejor precisión aun lo concerniente a lo que se refiere con la concepción del primer principio de la metafísica. A tal efecto, lo primero que discrimina es el modo en que puede ser entendido lo que significa “concepción”, *conceptio* como sinónimo de concepto. En un sentido amplio del término, “es cierto decir que, en el lenguaje de Santo Tomás, todo conocimiento es un concepto, incluso los verbos. Si el *esse* es un objeto de conocimiento, que indudablemente lo es, es conocido por vía de concepto (...) incluso un juicio es una ‘concepción’, luego es un *conceptum*”<sup>25</sup>. Pero también cabe un sentido más restringido de concepto, más usual actualmente, que lo asocia propiamente a la aprehensión

---

pase a ser la del objeto, ni la del objeto pase a ser la del sujeto. La prueba es que la forma del objeto sigue siendo su forma, y que, si el conocimiento del uno por el otro es su acto común, es porque entre la forma del uno y la del otro hay ya identidad, no numérica, sino formal, *convenientia in forma*”; asimismo, “para un escolástico, toda sustancia en cuanto tal es desconocida, porque es una cosa distinta de la suma de conceptos que nosotros sacamos de ella”, *El realismo metódico* 95; 93; 123. Referido al proceso metafísico de la modernidad, Gilson afirma: Así se “envuelve a la filosofía en una serie inextricable de contradicciones internas que la conducen finalmente a un escepticismo, es decir, a un suicidio liberador”; “No es tan fácil prescindir de lo real, y tuvieron que pasar siglos antes de que al pensamiento se le ocurriera cometer tal suicidio”, *El realismo metódico*, 83 y 166.

<sup>25</sup> *El ser y los filósofos*, 327

de esencias. Así entendido, cuando se procura recobrar la noción tomista de ente, como compuesto de esencia y de un *aliquid*, un otro que la esencia, no podría decirse concepto del *actus essendi*. Y en ese sentido, Gilson señala como inconcebible el *esse*, pues no siendo una esencia, no puede ser captado por un concepto. “Naturalmente, esto no le impide ser un objeto de ‘concepción’. De otro modo, ¿cómo se lo podría conocer? Pero no puede ser conocido por la simple aprehensión conceptual de una esencia, que él no es”<sup>26</sup>. Similar aclaración vale para la predicación del *esse*. Pues el existir se puede predicar, pero no puede ser entendido como una predicación del orden esencial. “Santo Tomás ha distinguido tres significados fundamentales del *esse*: en primer lugar, ‘*ipsa quidditas vel natura rei*’, en cuanto significa por su definición; en segundo lugar, el acto mismo de la esencia (*ipse actus essentiae*), que es su contribución decisiva a la metafísica del ente, y en tercer lugar, la cópula que significa la composición o división en los juicios. El primero y el segundo *esse* son reales; el tercero no señala algo que exista en la naturaleza real, sino sólo en el intelecto uniendo o dividiendo nuestro concepto de las naturalezas de las cosas”<sup>27</sup>. Conforme este uso lógico, *est* no significa lo mismo, pues como cópula, es uno con el predicado conocido por un concepto. La cuestión es lograr determinar la naturaleza del conocimiento de lo que predica el *est* como tal. “Este no es ya un problema lógico; es un problema noético y metafísico, porque se trata de la naturaleza del ente y de nuestro conocimiento de ella”<sup>28</sup>.

---

<sup>26</sup> Ibid., 329

<sup>27</sup> Ibid., 330. Cfr. *C.S.P.L.*, L I, 33, 1, 1, ad 1<sup>m</sup>.

<sup>28</sup> Ibid., 331

Lo que más importa al metafísico sobre el ente, a diferencia del lógico, no es que el ente tiene el predicado ser, sino que *est*, es decir, es un ente, pues dice que hay en el ente, como acto de su esencia formal, “*aliquid fixum et quietum in ente*”<sup>29</sup>, es decir, el *esse* en virtud del cual es ente, puesto que fuera del ente no hay nada. Esto es, “en la doctrina de Santo Tomás *ens* y *esse* son dos nociones inseparablemente relacionadas, porque ambas se refieren al mismo objeto. Es porque ‘tiene *esse*’ por lo que una cosa es un *ens* (...) la simple aprehensión de un ente dado cualquiera implica la aprehensión de su *esse*, que será más adelante explicitado por medio del juicio (...) en el juicio ‘x es’, -donde- *es* señala la existencia actual de x”<sup>30</sup>. “En nuestra interpretación, el verbo *es* significa, no el ente captado de un cierto modo, sino el *actus primus* del que Tomás de Aquino dice que convierte una esencia en un ‘ente’ actual”<sup>31</sup>. La fundamentación propia de la verdad de un juicio reside fundamentalmente en el juicio que dice que su objeto es o existe<sup>32</sup>.

“Cuando todo se ha dicho y hecho, el misterio permanece poco menos velado que al comienzo, porque está en el límite del mismo núcleo de la realidad. Esto es así siempre que está en juego el ser *en cuanto* ser; apenas hemos tocado la periferia cuando ya se hace sentir la presencia del misterio”<sup>33</sup>. “Ello lo hace el *ser*, y no puede hacerlo ninguna otra cosa. Santos, filósofos, científicos, artistas, artesanos, no hay dos hombres que sean idénticos, porque aún el más humilde de entre ellos es en última

---

<sup>29</sup> C.G. I, 20

<sup>30</sup> *El ser y los filósofos*, 336

<sup>31</sup> *Ibid.*

<sup>32</sup> C.S.P.L., L I, 19, 5, 1, res.

<sup>33</sup> *Elementos de filosofía cristiana*, 125

instancia su propio *ser*; aunque ninguno de ellos está realmente solo. Ser no es ser una soledad. Todo hombre puede participar del bien común de su especie, y nada de lo humano le es extraño. No, nada de lo que *es*, es extraño para él. Miembro de la hermandad universal del ser, puede experimentar en sí mismo que ser es *tender hacia*, y puede ver que todas las demás cosas están actuando con respecto a un cierto fin, un fin que es ciertamente el mismo en todos los casos, a saber, ser. Su fin está, pues, en su comienzo, y lo que es cierto de él sigue siendo cierto de todo lo demás. Todos los seres, desde los más elevados hasta los más humildes, son tan realmente distintos y en definitiva tan parecidos como los hijos de un mismo padre; pues, en efecto, todos ellos tienen un mismo Padre, y Él los ha hecho a todos a Su imagen y semejanza. Actúan porque son, y son porque Su nombre es *El que es*<sup>34</sup>.

---

<sup>34</sup> *El ser y los filósofos*, pp. 276-277. Cfr. también *L'être et l'essence*, J. Vrin, Paris, 2018<sup>3</sup>, 5° tirage, pp. 390; traducido por P. Leandro Sesma *El ser y la esencia*, Buenos Aires: Desclée de Brouwer, 1951